

la plaza del Seis de Junio; casa inglesa que habitaron los Licignano antes de su ida al Paraguay, y que mucho nos recomendaron. En efecto, la casa es buena; sentímonos en ella mejor que nos sentiríamos en cualquier hotel.

En la *table d'hôte* quédanme de vecinas dos inglesas, madre é hija, y su seriedad étnica, su cortesía de hielo, sumadas al disgusto que originame el palparme trashumante otra vez, échanme á perder la noche, tentaciones me ganan de fondear en alguna parte, y, fondeado á gusto, no moverme nunca más.

4 de agosto—Seis días con hoy llevamos de revolución en la provincia, y aun nada definitivo se vislumbra: ni paz ni guerra, ni victorias ni derrotas; un tiroteo que otro, y algunos pobres muertos de los dos bandos; muertos que mañana no recordará nadie, fuera de sus dentos humildes...

Pegasano,—uno de mis primeros y más constantes amigos argentinos,—viene en mi busca para que juntos vayamos en coche hasta la Boca, á recorrer la parte que yo no conozco todavía. (Llábase "Boca," á la del riachuelo que determina en su confluencia con el imperial río de la Plata, la entrada de Buenos Aires.) Paseo interesante; la Boca es una ciudad dentro de la de Buenos Aires; ciudad de fisonomía propia, poblada de italianos, de argentinos que para expresarse, hasta entre ellos mismos, de preferencia al español emplean el italiano; barriada en la que se engendran, aclimatan, prosperan y se ocultan los grandes crímenes; la White-Chapel bonaerense. Hay en ella extraordinario movimiento comercial, y junto á su ribera, enorme cantidad de proras casi hincadas en la piedra, como si en ella hubiesen venido á estrellarse algunas, á descansar ó morir, otras; á depositar lembranzas y saudades de las patrias

distantes; otras, á llevarse arrepentidos, desdichados y nostálgicos, viudas, huérfanos y vírgenes abandonados por los padres y maridos y novios que mueren en las expatriaciones voluntarias, á causa de nuestros climas, de nuestras injusticias, de la mala suerte de ellos, de la indiferencia de nosotros... Los mástiles y envergaduras, con sus hilos, sus gavias, sus cofas, vistos así, de golpe y en conjunto enmarañado é inextricable, simulan el delicado andamiaje de alguna ciudad nipona que hubiera de surgir de dentro de las aguas, mágicamente, y cuyos edificios y monumentos sin ser visibles todavía, ya se adivinaran, á su medio asomar de las simas y las ondas.

Nos apeamos del carruaje y nos aventuramos hasta el puente de Barracas, límite entre la Capital y la Provincia. A su término, un mocetón de boina vasca en la cabeza, con un cobertor enrollado que porta diagonalmente en pecho y espalda, armado de un Remington sin baqueta ni porta-fusil, nos notifica con aires que pretende disfrazar de feroces, que "regresemos ó que sigamos adelante..." Optamos por el regreso, y el joven revolucionario, muy convencido de que acaba de rayar á gran altura, remolinea funambulescamente su rifle y nos mira por encima del hombro, con bastante desprecio en su mirada, mientras nosotros acatamos la orden alejándonos... En el limítrofe puente de maderos resuenan nuestras pisadas, acompasadamente.

Regresamos á Buenos Aires á bordo de un bote alquilado, cuyo patrón aprovecha los buenos oficios de un vaporcito que remolca á una barca cargada, engancho á ésta su bote.

Remontamos el Riachuelo á paso veloz, cruzamos luego una porción del Plata y al fin llegamos al dique número 3. Delicioso paseo fluvial, sin más nota discordante que la ebriedad de varios soldados de marina, que iban en un lanchón

custodiando media batería. A hurtadillas de su teniente, dieron cuenta de ventruda dama juana de "caña," y al atracar, dos de ellos desalojaron del estómago todo el aguardiente y **aínda mais...**

Concluyo de leer el 1er. tomo de las "Memorias" de Casanova, y comprendo que no podré ir más allá.

10 de agosto—Domingo D. Martinto obséquíame esta noche con una comida en su casa. Somos ocho de mesa.

12 de agosto—El Ministerio del Valle derrúmbase esta tarde, produciendo su derrumbamiento un gran alboroto en la ciudad. Los periódicos vespertinos tiran hasta cuatro ediciones que la gente devora estacionándose en las vidrieras iluminadas de las casas de comercio. Se teme que estalle una revuelta.

Carlos Vega Belgrano, afiliado al partido radical, miembro del comité revolucionario que con su actitud dió por tierra con el inmoral Gobierno de la provincia de Buenos Aires, y que durante estos últimos días ha estado ocupadísimo ora en la Plata, ora aquí, viene á comer con Schiaffino y conmigo en "La Sonámbula." Trae Carlos muchas impresiones, muchos ideales de regeneración, todos los planes del gran partido para reconstruir la estuprada moral de la patria; y durante la comida, nos los comunica entusiasmado, mientras desde los fondos del enorme comedor una tocadora de arpa y sus dos hijos, también músicos, nos regalan los oídos con sus notas, y una florista, que lleva rato de rondarnos con insistencia de mosca nada despreciable por cierto, al fin vence y nos

prende en los ojales sendos ramos de violetas bien olientes.

De "La Sonámbula", un simón nos lleva á saludar en su suntosa morada á del Valle, el caído jefe del Ministerio caído esta tarde.

Su hotel elegantísimo de la avenida Alvear, está que se arde. Frente á la verja del jardín y á lo largo de ambas aceras, muchedumbre de carruajes, señoriles y de punto. En la entrada, dos lacayos de frac y corbata blanca no bastan para retirar los abrigos de los visitantes que llegan y llegan y no acaban de llegar nunca.

En el vestíbulo morisco del palacio, donde apenas si hay sitio, saludamos al orador distinguidísimo; todos se encuentran en pie, y él, del Valle, á todos habla, á todos estrecha la mano; de cuando en cuando, óyese su risa franca y un poco pueblo.

Aunque no conocí al otro personalmente, creo descubrir en del Valle mucho de Gambetta; así ha de haber sido aquel, como es éste.

Al hablarle, y refiriéndose á mi empleo en la legación nuestra, le dice Vega Belgrano:

—Ya ve usted, señor, hasta México ha venido á saludarlo.....

—Y sin que haya de qué extrañarse,—le agregó yo cuando nos apretamos la mano,—México estrecha siempre con mucho gusto la mano de los hombres honrados. . .

Detiénese unos instantes á charlar con nosotros, muy satisfecho de la manifestación de espontánea simpatía con que está obsequiándolo lo mejor de Buenos Aires. Confía en que el sacrificio del actual Ministerio saliente será la semilla cuyos frutos han de beneficiar al pueblo, que, mañana, con mayor razón continuará exigiendo honorabilidad y pureza en sus mandatarios. Luego, háblanos de asuntos diversos; saluda á visitantes nuevos, se deja abrazar, ofrece cigarros, recibe

dos agrupaciones de estudiantes, casi niños, que muy emocionados dicen su discurso con voz temblorosa.

Antes de despedirnos, me invita á que vaya á verlo, cualquier mañana:

—Quiero mostrarle mis obras de arte, ya sé que es usted un gran aficionado.

Permanecemos unos momentos más, la gente no pára; de un salón vecino nos vienen ráfagas de risas y voces femeninas. De tiempo en tiempo, los lacayos, con más orgullos que el amo, cruzan por las habitaciones, graves. El gas, cae perezosamente sobre los cuadros, sobre los tapices orientales que penden de las paredes estucadas. A la DIANA de Falguiers,—el original, *s'il vous plait*,—á la radiante DIANA de Falguiers parece que el mismo gas la desnudara más todavía, y que ella, despreocupada y hechicera en su casta desnudez marmórea, se hallase cierta de triunfar toda la vida, de acallar las pasiones pequeñas y ruines, de hallarse en su sitio allí, en el centro de tanto político, de tanto combatiente y gladiador, pudiendo más sola, inmóvil y desnuda, sin palabras ni pudores, por artística, por mujer, por bella....

Schiaffino me afirma que la tal le costó á del Valle, 50,000 francos.

En seguida, nos encaminamos á la casa de Obligado, hasta las 12 y $\frac{1}{2}$ de la noche.

14 de agosto—En un banquete con que sus amigos de Buenos Aires despiden esta noche al literato chileno Juan Agustín Barriga, presentárame al escritor nicaragüense Rubén Darío, de tanto renombre, llegado aquí hace dos días como cónsul general de Colombia. En vez de hacernos los cumplimientos de rigor en estos casos, nos juntamos en seguida cual viejos amigos, y comentamos las circunstancias casuales que parecían condenar-

nos á no conocernos nunca: cuando él arribó á Guatemala, yo me partía de ella, y ahora que él viene á Buenos Aires, yo me apercibo á abandonar Suramérica.

Una noche no vulgar; el núcleo congregado en este restaurante de Mercer abunda en intelectual importancia. Casi todos somos literatos, consiguiendo todos despotricamos sobre....

García Velloso lee una deliciosa poesía dedicada al obsequiado.

17 de agosto—Es de veras particular, pero ni un solo día hemos dejado de buscarnos Rubén Darío y yo.

Hoy, en arranque suyo de confianza extraordinaria, confiame la historia de su vida. Lo amenazo con que habré de trasladarla á MI DIARIO, á este pobre diario, que, si Dios quiere, ha de ver la luz cuando yo muera, ó, si nó, cada diez años, y Rubén no retrocede ¡al contrario! se le avivan añoranzas, y á la futura publicación me autoriza.

18 de agosto—No obstante lo inminente de mi partida, aguijoneado por mi ansia de trabajo, hoy dí remate al capítulo primero de mi nueva obra LA SUPREMA LEY; capítulo que leeré mañana en la casa de Rafael Obligado, ante asamblea plena y como mi despedida literaria de la Argentina. Así lo ha querido Rafael, alegando que supuesto que en su casa leí igualmente el capítulo primero de APARIENCIAS, acabado de llegar á Buenos Aires, en su casa debe ser leído el primero de LA SUPREMA LEY, para decir adiós á los literatos argentinos.

Esta noche me ofreció en su casa Ernesto Quezada, una comida de catorce cubiertos, en la que dominó, naturalmente, el elemento literario. La

agradable velada se prolongó hasta más allá de las 12. Alguien anúnciame, exigiéndome sigilo, que me sorprenderán el domingo próximo con un banquete concurrendísimo en el restaurante de Georges Mercer. Ya avisado, puedo enterarme de que á causa de que los promotores del banquete no son de nuestro grupo, se han despertado discusiones y rivalidades.

19 de agosto—Una para mí inolvidable reunión literaria la que me consagró esta noche Rafael Obligado.

Leí el capítulo primero de LA SUPREMA LEY, y, contra lo que me esperaba, gustó á troyanos y tirios, no provocó ni una sola censura.

Luego Domingo D. Martinto, leyó este soneto:

Nos abandonas hoy. Ave viajera
Después de mucho andar, solo, rendido,
Vuelves las alas al paterno nido,
Que allí el abrazo fraternal te espera.

Haces muy bien. La dicha verdadera
Sólo se encuentra en el rincón querido
Donde, junto á la madre, sin ruido,
Como un sueño pasó la edad primera.

Goza, pues, de esa dicha. La has ganado
Al apurar los ásperos dolores
Que siente en tierra extraña el emigrado;

Y propicios te sean los amores
En la patria feliz donde ha cantado
Su bardo predilecto, el dulce Flores.

Leopoldo Díaz, nos dijo:

Si poseyera las rimas de oro
Que va sembrando Rubén Darío
Cual un espléndido Califa moro,
En áureos versos, himno sonoro,
Volara el trémulo cántico mío....

¿Un himno?... Nunca!... Lánguida queja
Vierte mi tosea cítara muda....

¿Un himno?... Nunca!... Cuando se aleja
Un ave olímpica!... Cuando nos deja,
Y el ala tiende que nos saluda....

“¡Ven á tus selvas, las mexicanas!”

“¡Ven á embriagarte de roja lumbre!”

“¡Ven con nosotras, con tus hermanas!”...
Gritan las águilas americanas,
Volando, regias, de cumbre en cumbre.

Rubén Darío, después de leer una “Invocación á Venus,” cuyo objeto votivo es que la diosa de las espumas me sea propicia durante mi larga navegación, y en la que hay versos soberanos como estos dos que se quedaron vibrándome en el oído:

... es tan traidor el tiempo
y tan inmenso el mar!...

después de leer dicha invocación que se resiste á darme, que no me deja copiar, sino que avariciosamente se guarda, me dijo:

México, de glorias suma,
De altas empresas dechado,
Suelo imperial fecundado
Con sangre de Moctezuma;

Jardín que riega de espuma
 Su golfo azul y sonoro,
 Ansiado y rico tesoro
 Que con sangriento destello
 Hirió la frente del bello
 Príncipe Barbaeoro!

Patria de héroes y de vates,
 Cenáculo de áureas lirás,
 Terrible y brava en tus iras,
 Victoriosa en los combates;

Si contraria frente abates,
 Coronas gloriosa frente,
 Y te levantas potente
 Y alada, á la luz del día,
 Como tu águila bravía
 Que destroza la serpiente.

En la nación argentina,
 Hoy, del Arte bajo el rayo,
 Saluda el gran sol de Mayo
 A la bandera Aquilina.

Honor al alma latina
 De sus conquistas ufana:
 Que esta fuerza soberana,
 Dando vida al Continente
 Circule, plétora ardiente,
 De la sangre americana!

Por final,—idea y redacción de Ernesto Quesada,—se resuelve que todos los presentes me subscriban una acta de cariño en mi álbum de autógrafos. La página reza:

“En casa de Rafael Obligado, el 19 de agosto de 1893.”

“El diplomático es como el Judío Errante: está “condenado á marchar siempre, y, por ende, á no “esclavizarse en punto alguno. Este es su deber y,

“quiera ó nó, á él debe someterse. De ahí que le “esté prohibido estrechar demasiado vínculos que “está condenado á romper al día siguiente.

“Federico Gamboa, en su carrera diplomática “se ha detenido algún tiempo en la República Ar- “gentina. Corazón nobilísimo é inteligencia distin- “guida, se ha olvidado quizá de aquella ley, pues “desde el primer día se ligó con estrechos vínculos “con todos los que entre nosotros cultivan las Le- “tras y adoran la Belleza. Todos lo amamos, y lo “amamos con amor ferviente. Se lo hemos demos- “trado aplaudiéndolo y criticándolo á las veces: “signos ambos del cariño verdadero, que nadie me- “jor que Gamboa sabe apreciar en su justo valor.

“Y Gamboa ha hecho mal en vincularse así. Hoy “se va, rompe los lazos que á nosotros nos le unen, “no lo volveremos quizá á ver... Nosotros queda- “mos y conservaremos siempre su memoria, porque “todo nos lo hará presente; y lo echaremos de me- “nos siempre que nos encontremos reunidos. El se “va; nuevos horizontes, nuevos hombres y cosas “nuevas solicitarán su atención y su cariño. Ley “natural es que se debilite en el que se aleja, el re- “cuerdo de lo que deja atrás, pero para que del to- “do no olvide nuestros nombres, queremos dejar- “le aquí un testimonio más de nuestra simpatía.

“(f) Ernesto Quesada—(f) Adolfo Ibañes—(f) “Rubén Darío—(f) Calixto Oyuela—(f) J. J. Gar- “cía Velloso—(f) Leopoldo Díaz—(f) José Miró— “(f) J. V. González—(f) Martín Coronado—(f) “A. Piñero—(f) D. Martinto—(f) Edo. Schiaffi- “no—(f) Carlos Vega Belgrano—(f) Rafael Obli- “gado.”

“Persisten, al terminarse le reunión, los conciliá- “bulos á propósito del banquete que ha de ofrecér- “seme, y aunque nos separamos diciéndonos “hasta mañana,” yo resuelvo no aceptar el agasajo, bajo pretexto de enfermedad.

Siento tristeza de abandonar Buenos Aires.

20 de agosto—Todos los periódicos de la mañana dan cuenta de la fiesta de anoche en casa de Obligado. Por ser lo más sintético lo que apareció en LA NACION, aquí se reproduce:

"DESPEDIDA AL SR. GAMBOA —FIESTA LITERARIA.

"Anoche, en la casa de Rafael Obligado, hubo una reunión de esas que no se olvidan. Federico Gamboa se va el 22 para Méjico. Sus amigos aquí son muchos y escogidos. Todos hombres de letras. En el pequeño salón-escritorio del cantor de SANTOS VEGA, en una atmósfera íntima, entre el vaho azul de los cigarros y las carátulas sugestivas de los ricos volúmenes por todas partes escapados, Gamboa leyó un capítulo de una novela que tiene en preparación. Gustó mucho. Alguien dijo que cada novela de Gamboa es un paso hacia adelante. Tiene razón. Él es joven y tiene bríos. Irá lejos.

"Entre los oyentes había uno que ha llegado á Buenos Aires como para compensar la ausencia del que se va: un jovencito de estatura mediana, moreno, delicado, de barba entera, recortada, y ojos suaves de terciopelo negro. Aquel jovencito no hablaba casi. Vestía frac, como cualquier hijo de vecino. ¿Sabéis quién era?... Pues nada menos que el mago cincelador del verso escultórico; la figura más radiante de la nueva generación en la América Latina; el que escribió aquel AZUL..., y aquel regio PORTICO, un pórtico, entre paréntesis, que está cerrado y no deja pasar al lector adelante... mal que le pese al delicado Salvador Rueda.

"El señor Gamboa lleva, entre otros muchos, este grato recuerdo y unas décimas triunfales del famoso nicaragüense, en su álbum, lleno de otros trabajos de mérito. Y seguramente que por más

"que ande en su vida errante de diplomático, no podrá olvidar la fiesta de anoche el simpático novelista; como no lo olvidarán á él los que la dieron, ni nadie que haya tenido ocasión de conocerlo y apreciar sus amables cualidades de hombre y de escritor."

21 de agosto—Nervioso, intranquilo, fatigado, lleno de visitas. Me embarco mañana.

27 de agosto—(A bordo del CONGO, de las Mensajerías Marítimas, en la bahía de Río de Janeiro) Cinco días de fastidio, mareado y enfermo del hígado. No pude bajar en Montevideo.

Últimas impresiones de Buenos Aires: un mundo de gente que vino á decirme adiós, al vapor, con signos y palabras de positiva simpatía—sin duda para hacerme la partida más sensible. Por lo que en mi carrera literaria,—y en otras, ¡ay! que son de alma y de cuerpo,—significame Buenos Aires, estoy seguro de recordarlo siempre, así hubiese yo carecido en lo absoluto de condiciones de afectividad y agradecimiento hacia mis amigos que allá quedan...

Un detalle digno de mención: En medio de esa despedida múltiple y cariñosa, aquel pobre mexicano tipógrafo y endiantradamente vicioso que acudía á mí casi á diario, también se me presentó á bordo, y cruzó el salón del barco con la gravedad cómica del obrero que se halla de improviso entre gente principal y con el encogimiento del ebrio que trata de disimular su "chispa." Iba muy conmovido, temiendo tal vez que yo fuera á recibirlo con desdén; mas, cuando se sintió abrazado por mí, allí, delante de tanto caballero de sombrero de copa, me apretó, me apretó contra su pecho y rompió á llorar, como una criatura. Lo acompañé

hasta la escala, con grande asombro de la *valetaille* del CONGO, y en la escala le obsequié con los últimos \$5.00 en moneda argentina que me quedaban. Él, solemnemente, murmuró al cogerlos.

—Gamboa, usted ha sido mi padre y usted se va... á partir de hoy, soy un huérfano.... Usted será feliz....

Y lo ví alejarse, por la dársena populosa, su cuerpo inseguro encorvado por sus vicios, el pañuelo en los ojos, moviendo la cabeza, cual si regañara con su propio destino. ¡Dios lo acompañe!.....

..... el vapor zarpó al cabo, y yo, adrede, me encerré en mi camarote para no decir adiós al Plata... Tumbado en la litera, mi perro "Gaicho" al lado, azoradísimo desde ayer, (nunca conocí buques, quizás me suponga con la razón extraviada,) reconstruí la hermosísima fiesta literaria con que en su casa me despidió Rafael Obligado.... ¡qué lejos queda ya!.....

Hice amistades á bordo con Daniel García Mansilla, que viene al Brasil de Secretario de la legación argentina, y á quien algo traté hace tiempo, en el Ateneo de Buenos Aires. Un temperamento galo y artista; sólo en francés escribe, pues ha pasado en Europa casi toda su vida. Al principio lo dijudé por superficial y frívolo, pero conforme he ido tratándolo más, rectifico mi juicio y llego á cobrarle afecto: Es un neurasténico al que lastima la existencia.

Tuve anoche, noche interesantísima: á punto de entrar en Río de Janeiro, invitado por el comandante del vapor,—Monsieur Rossignol, un antiguo teniente de la Armada napoleónica, que conoció y trató á mi padre allá por Mazatlán, cuando la Intervención francesa; que me identificó á mí no bien oyó mi apellido, y con el que cultivó excelentes amistades por esa causa,—subí al puente de maniobras, para presenciar las de entrada y ancla-

je en un puerto. La niebla, de tan espesa, nos estorbó entrar en Río, pero el espectáculo no fué por ello menos delicioso. Hay algo de fantástico, á esa altura, en contemplar al timonero, como de bronce, asido al timón de vapor y pegado á la brújula transparente é iluminada por dentro... Impresiona ver al oficial de cuarto, sólo ocupado de su vigilancia técnica y absorbente, clavada la vista en el abismo y en lo negro, paseando por "el tambor," colgándose á un lado y otro de la borda, comunicarse en términos cabalísticos con el timonel, y, al través de unos tubos, con maquinistas y fogoneros invisibles, en lo más recóndito de las entrañas del barco... Asusta verse uno mismo envuelto, circundado de negrura y de noche, del mar enorme, inquieto, ronco....

Esta tarde bajé á tierra, á ayudar á que García Mansilla se instalara.

Y Río de Janeiro, á pesar de su sabor marcadamente oriental y un tanto africano, resúltame cual siempre, inhabitable y espantoso; su bahía, en cambio, grandiosa, azul, bellísima.

23 de agosto—(A bordo del "Congo") Otro día en Río de Janeiro.

Uno de los hijos de Carnot, el Presidente de la República Francesa, que es inspector de esta compañía naviera de las "Mensajerías Marítimas," vino á almorzar á bordo.

Es el tal un muchacho de 25 ó 26 años, sano de cuerpo, y, al parecer, no enfermo de espíritu, cortés y risueño.

A bordo, trátanlo, á pesar de su calidad de inspector de la línea, como á cualquier hijo de vecino.

Si yo fuera Presidente de mi tierra y tuviese un hijo, así me gustaría que lo trataran, por sí mismo.

30 de agosto—(A bordo) ¡Qué secreto y tristísimo encanto el de las noches de luna en alta mar! . . . Diríase que á la luna, melancólica de suyo, le aumentara esa melancolía, de sentirse sola y como perdida en la inmensidad del Océano; ríela sobre las olas, cual si se hallase amedrentada; cual si sólo iluminara el trayecto que va recorriendo el buque, por acompañarlo y por acompañarse. . . . el resto del mar, vése sombrío. Pálpase entonces el mundo de peligros que arrostra uno al embarcarse y desflorar el seno móvil de las aguas, el seno de este viejo mar que lo consiente por complacencia de gigante vicioso, de fiera que ama las cosquillas.

31 de agosto—(A bordo) Ocho horas dentro del puerto brasileño de Bahía, así denominado por la bahía maravillosa que lo forma; es quizá mayor que la de Río y seguramente menos poblada de escollos é islas. Una delicia.

Desembarco por conocer la ciudad y por hacerme de un "titi" diminuto, de los que sólo aquí se encuentran.

Horrible el lugar, horrible. Hay un momento en que las gentes que me codean y divisan, los negros que pululan y los simios de todos tamaños que se hallan en algunas calles concurridas, á la venta, se me mezclan y confunden. . . .

Es una ciudad monstruosa; su vegetación, exuberante, no artística ni hospitalaria; da pavor, huele á fiebres, á pantanos, á muerte. . . . Y sobre todo, ¿qué me importa á mí la vegetación si yo no herborizo, ni soy explorador, ni "naturalista" tampoco, fuera de las páginas de mis libros? . . .

1.º de septiembre—(A bordo) A las 9 de la noche anclamos frente á Pernambuco, que se co-

lumbra, allá, lejos, á dos millas y media, resguardado por sus dos faros. Brilla á lo largo de su costa, una porción de lucecitas, entre las brumas. . . .

2 de septiembre—Desembarco con el comandante Rossignol y con el agente de correos, luego de haber entrado en el puerto aprovechando la marea alta para cruzar su barra.

Tomamos un tranvía que nos conduce por precioso camino bordeado de quintas risueñas, hasta un punto que se llama "Magdalena."

La impresión que Pernambuco produce es gratísima; ferio dos Río-de-Jaineros por un Pernambuco, y todavía le añado cuatro Bahías, aunque Pernambuco no tenga la importancia de aquéllas. Pernambuco,—es Rossignol quien me ha ilustrado,—debe su atractivo á que fué fundado por holandeses, de ahí que conserve el simpático sello de origen.

Me alegra, por lo que de veras quiero á toda la América Latina, encontrarme al fin un sitio habitable que con el Brasil me reconcilie, en cuanto á condiciones de habitabilidad; ya era tiempo.

4 de septiembre—(A bordo) En altísima mar, sobre que á las 12 y 40 p. m. cruzamos nada menos que la línea imaginaria del Ecuador. . . .

Rossignol, con benevolencia y risas me lleva á su camarote, extiéndeme sus cartas de navegación y, complacientísimo, sacia mi curiosidad de chiquillo por ver ¡materialmente! la famosa línea. . . .

¡Qué he de ver! . . . el compás de Rossignol, hincándose en una de las muchas líneas negras de su carta. . . .

—Aquí estamos!—afírmame riendo bajo su bigote cano.

Lo que sí es palpable, y no menos fenomenal al pasar de un hemisferio al otro, es que ayer no más, aún teníamos los fríos de invierno, y, á partir del medio día de hoy, sólo de verano gozaremos.

8 de septiembre—(A bordo) El silbato del barco, que se puso á pitar furiosamente á las 4 de la madrugada, nos despertó sobresaltados á mí y á mi perro "Gaúcho."

Luego, cesó el jaderar de la máquina, disminuyeron los tumbos, arrulláronme los balances suaves del fondaje, y á las 6, que abrí mi ventanilla, el CONGO inmóvil ya, me encontré dentro del puerto africano de Dakar, mi conocido antiguo, por mí mencionado en IMPRESIONES Y RECUERDOS.

A causa de la cuarentena impuesta contra todas las procedencias del Brasil, sin excepción, no podemos desembarcar.

¿Han reparado ustedes, en las vecindades de los hormigueros, cómo, en cuanto las hormigas descubren algo grande y utilizable que devorar y que acarrear á su falansterio (por qué no falansterio?...) primero llegan unas cuantas, y más, después, y más, después, y más siempre, hasta que el objeto camina llevado en vilo por las bestezuelas?... Pues del mismo modo nuestro vapor mírase rodeado de canoas innúmeras, tripulada cada cual por tres negros; tal creeríase que van á jalar con el barco y á llevárselo á su hormiguero, digo, á sus moradas. Pero nó, aunque chillan y gesticulan como chimpancés en recreo, confórmanse con arrojar al agua tras un sueldo de cobre, ó, por un franco, pasar por debajo del atlántico, ó ir y coger puñados de arena al fondo de la bahía. Nadan cual tiburones.

A las 8, un chubasco intempestivo hácelos replegarse, con cayucos y todo, en un costado del barco, donde se mojan menos.

En tanto, un regimiento de **Spahis** á caballo, resiste en correcta formación el torrente, porque está rindiendo honores militares al Gobernador del Senegal, quien, antes de embarcarse con nosotros rumbo á Francia, á donde se encamina en el uso anual de una licencia, les pasará revista alineados en la playa.

Por lo pronto, han principiado á embarcarse en el CONGO diversos oficiales del ejército, de la marina, del cuerpo de administración militar, médicos, comisarios, ocho sargentos y cabos que también regresan á Francia, luego de cumplido su tiempo de Africa. Entre ellos, viene el coronel Combes, el que acaba de dar lucido término al sometimiento y pacificación, previa sangrienta campaña de dieciocho meses, de una parte extensísima del Sudán. Todos presentan enfermizo aspecto, pálida la color; todos sonríen al pisar el buque que va á arrancarlos de este clima asesino; buque que ha de saberles á civilización, que por los colores del trapo que ondea á popa, ha de hablarles de patria, de los cariños abandonados sin saber si volverían á disfrutarlos y bendecirlos...

El elemento femenino de nuestro pasaje, se ve, aunque pretende disimularlo,—más ó menos seducido por esta irrupción de bravos de rostros pálidos, galoneados de oro sus vestidos. . . .

El aguacero ha cesado, y los **Spahis**, en la playa, inmóviles, chorreando agua, de armas, uniformes y monturas,—agua que á la distancia y herida por el sol que ha vuelto á asomar, como que los envolviera en tesoro increíble de gemas, en catarata lenta de piedras preciosas,—los **Spahis** de la playa, se acentúan...

Del muelle, arranca la falúa con el Gobernador, pequeña, airosa, blanca, embanderada á proa y á popa, sus "bogas" de uniforme de gala, remando á "la generala," despaciosa y gallardamente. De la fortaleza del puerto, los monstruosos caño-

nes de marina disparan y se incendian hasta trece ocasiones; la falúa no interrumpe su grave bogar arrogante; los negros de los cayucos, como enloquecidos con los disparos, gritan y se zambullen en el mar; las gaviotas, graznando, vuelan azoradas por cima de todas las embarcaciones surtas y cabeceantes en la mansedumbre de la bahía; el retumbar de los cañones paséase vibrando por mar y tierra, y el sol, este sol africano de derretido plomo, quema las casas, los árboles, las ondas, las nubes...

El comandante y los oficiales del CONGO tributan al Gobernador, cuya falúa atracó á nuestra escala, los honores que á un gobernador son debidos en buque mercader; y mientras todos los viajeros hallanse distraídos con lo inusitado del espectáculo, á mí me tira un grupo aislado de tres individuos negros, de arabesco pergeño, que no se apartan de la borda del navío. Descubro á poco qu'énes son: un rey y dos príncipes del Dahomey ó de la Senagambia, que van á París; el primero, á visitar al Presidente Carnot, y los segundos, á un colegio de Túnez, á instruirse según corresponde á los herederos de dos tronos...

Es el rey un hombrazo hermoso y corpulento; gasta turbante alto y manto azul; ostenta su pecho cuajado de condecoraciones, la Legión de honor en cuenta; se expresa en un francés admirable.

Los príncipes, en cambio, no pueden disimular su emoción, á pesar de su manto, negro como su piel, á pesar del fez rojo cuya borla, á modo de mariposa aturdida, golpéase á cada instante contra las cabezas inquietas que se juntan para confiarse secretos, que se apartan para colgarse sobre la baranda y ver hacia allá... No pueden disimular su emoción, con idolatría positiva contemplan la costa, su tierra calcinada, su tierra, mortífera para los extraños, es decir, vengadora de invasiones, y de destrozos, y de conquistas. Y como aunque príncipes, son un par de granujas todavía,

cuando no miran nostálgicamente á la playa, miran, envidiándolos, á sus súbditos independientes, los que en sus piraguas rodean el vapor, y, casi en cueros, se bañan, ríen, gozan!... Ellos, los príncipes, nó; tienen que manifestarse serios y dignos; que aceptar de buen talante el temporal exilio, con aires de indiferencia solemnísimas.

Al atardecer, echamos á navegar.

Acércome al mayorcito de los príncipes, que, aunque hurraño y medio desconfiado, dícame al fin su nombre:

—Se llama Abdul-Quién-Sabe-Cuántos...

Los tres son musulmanes.

11 de septiembre—(A bordo) Durante la mañana íntegra, Las Canarias á la vista; la tierra de Benito Pérez Galdós.

A la tarde, celebro mi cuarta *interview* amistosa con S. M. YamarM'Djed.

Me permite asistir, dentro de su camarote, á sus oraciones de la puesta del sol; oraciones que musita presa de unción, de rodillas á pesar de los balances del vapor que á mí me obligan á no desasirme de los hierros de una de las literas, edificando con su ejemplo á los dos príncipes arrodillados á sus flancos, y al sirviente senegalés que lleva consigo á Francia el Gobernador de St. Louis, M. de la Mothe.

Terminada la plegaria, muéstrame S. M. su traje de ceremonia, y obséquiame con un pequeño puñal forjado en su país, que, en mi presencia y para cedérmelo, el príncipe Abdul retira de su cinto...

Luego, en la cubierta abandonada, tarde en la noche, tumbados en nuestras sillas plegadizas, sin mirarnos las caras, fumando Yamar una especie de "narghilé" y yo un aromado "Hoyo de Monterey," sereno el mar, besando plácidamente los